

Relatos breves

Danyiel Colin

Version: 21/06/2022

Sumario

1	Sala minimalista con alfombra	2
2	Camino de setos	2
3	El cántaro calcinado	3
4	Por entre las corrientes doradas	4
5	Pantalla roja	5
6	Mansión antigua	5
7	Edificio gris	6
8	Mosaico en cuatro estampas	7
9	Undefined	8

1 Sala minimalista con alfombra

¿Puede alguien imaginar la tentación de un niño? Que observa la cartulina teniendo en su mano una cajita de crayolas nuevas. Su mamá no se había molestado en tirar aún el aparatoso envoltorio de la nueva nevera. Bastó con que sus manitas la arrastrasen hasta el centro de la sala para quedar convertida en torre de castillo. Dibujó algunos ladrillos grises, el rojo sería para las banderas. El marrón de la caja sonrió complice a la crayola blanca, siempre menospreciada, y dejó que en su pared grabase un par de blasones. El niño lo pensó un momento y convirtió a la alfombra en marea. Lo volvió a pensar, ¿un castillo sobre el mar? Mejor un faro portentoso, que con su luz desafiase al eclipse perpetuo. Un alargado monstruo nadaba alrededor, siendo su destino el de sofocar todo intento de hallar el cofre bajo el faro. Los sofás ya no eran sino peñascos en los que el capitán blandía su espada con valentía. ¿Puede imaginarse alguien la soñadora sonrisa que su madre le dirigía desde lejos?

2 Camino de setos

Sintiendo cómo el aire se escurría por entre las hojas, escabulléndose en aquellos corredores verdes, caminaba ella y pensaba en la felicidad de estar en un día soleado bajo la sombra de una nube. ¿Cuánto tiempo caminando? "*Eso es algo que ya no sé*", pensó para sus adentros. Observó la rebelión del cirro, que extendía sus alas y se libraba de las cadenas, de la torre de su encierro. Y los cúmulos de cruzados niveos tratando de regresarlo al nadir. Nubes belicosas, enfrascadas en su celeste juego.

Al bajar los ojos, mira las paredes de imperiosos setos que la rodeaban. Pensó para sí: "*¿Quién sino un enano podría correr por entre sus raíces?*" El camino que la confundía en sus remolinos de sin salidas, de puentes, pasadizos y todos verdes. El jardinero maestro, quien había puesto en cada esquina árboles de cuyas ramas pendían manzanas para alimentar al caminante confundido, era un hombrecito diminuto. Corría sigiloso por entre el entramado vegetal, cuidando su precioso jardín. Velando porque ni una sola caléndula feneciese sin razón. Mientras ella se sentaba en flor de loto y alisaba su falda plisada, a lo lejos él perfumaba su andar con su puro de mariguana. ¿Tendría confines este paraíso que la aprisionaba con

sus verdes brazos? "No, brazos no, son tentáculos" dijo en voz queda.

El humo se unía al viento en sus andares por entre las hojas, decorando con pétalos la tela de su regazo. Al encontrarla en uno de los callejones, el grisáceo humo la rodeó, se irguió formando con sus volutas un rostro y una barba. Ella observaba el cielo, no estaba dormida aún. En lo alto, las nubes seguían su disputa pero ya no era el sol el que brillaba, sino un relámpago el que cruzó por la bóveda celeste. La niebla subía, era el humo que lo cubría todo. Resistiendo por otro momento aquello que nublaba su vista creyó recordarlo: "*¿Será mi nombre Blancanieves?*". Una fría gota cayó desde lo alto hasta su frente y su alma elevó el vuelo.

3 El cántaro calcinado

– "Son como rasguños sobre una pizarra, pero con timbre de gotas de lluvia."

Se recargó un poco más en la silla y siguió viendo tras la ventana. Afuera estaba aún húmeda la calle, pero se combinaba con un hermoso tinte de alba. Convergía en la lejanía con la guarida de las escamas aladas. Tras él, se iba iluminado su repisa. La pupila celeste observaba su colección de porcelana que, a pesar de estar quebrada y llena de tizne, conservaba sus hermosos colores.

– "Ni siquiera pude encender el agua para cocer el arroz. Me pregunto cómo llegó hasta aquí."

Su teclado estaba demasiado sucio como para grabar siquiera un sencillo recuerdo. Había olvidado su antiguo oficio para ser ahora huesa, de la que se erguían tímidos retoños. Estos nunca habían oído el volcánico bramido. Le venía a su mente, ahora desnuda de cráneo, la imagen de hombres encorvados sobre sembradíos encharcados. Y decidió no quitar el renuevo. Decidió dejar que el verde se nutriera de tierra entre las teclas negras.

– "Al menos puedo sentir como un calor, una cálida caricia frente al amanecer."

En el noveno piso, el de las ventanas quebradas y pasillos vacíos, se pasea una tranquilidad descarnada. Intenta removerse las sábanas de encima, rasgar una uterina bolsa para nacer de nuevo a lo tangible. Le hubiera gustado ver sus propios restos, como para vencerse de que estaba muerto. Pero ya no había mas que polvo.

Cenizas de crematorio. Ahora sólo le queda la esperanza de hallar el cómo grabar memorias con sus espectrales dedos de gasa y retoñar él también.

– “¿Habrás tenido nombre el dragón?”

4 Por entre las corrientes doradas

Dos siluetas son las que caminan. Una lleva sombrero, la otra un bolso de algas tejidas. Sus pies descalzos dejan tenues huellas en el manto de hojas.

– “Quizás debí hacerte caso y traer el quinqué en lugar de esto. Había entonces un brillante sol. ¿Cómo lo iba a saber yo? En un momento se tornó de tinta. Es el cielo un calamar tan miedoso.”

– “Tal vez, pero entonces no podrías haberme prestado tu sombrero. Para cubrirme el rostro, para dormir apacible en aquel prado. Toma, llevo guardadas varias hogazas todavía. Siguen crujientes y aún les giran sus manecillas.”

– “¿Fue feliz tu sueño? Se me hace tan largo, es ya indistinto dormir de día o andar de noche. ¿Pudiste ver el fin de nuestro andar? Al menos las luciérnagas nadan fielmente a nuestro lado. Gracias ... por el tiempo.”

Imponentes torres los rodean, fumarolas marinas de cuyas humeantes volutas caen apacibles hojas. Hambre no es lo que tenía, ni siquiera real cansancio. Tan sólo la incertidumbre de si algún día llegarían. Saboreó el momento. Era su preferido, tenía pasas. Estaba endulzado con miel y había sido horneado a fuego lento. Alzó la mirada, miró a su costado. Tan oceánico abismo podía ser la noche.

– “Creo que olvidé el sueño. Pero era feliz pues mirábamos al unísono. Oh, era a través de la claraboya de un navío naufragado, que hacia el horizonte dirigíamos la mirada. A lo lejos un brillante recuerdo nos llamaba. Pero, no recuerdo más. ¿Acaso guardabas el vaivén de un péndulo en mi bolso?”

– “Si tan sólo pudiésemos regresar a la cabaña. Hornearíamos más de éstos y tendríamos con qué iluminar nuestro paso. Tendríamos con qué espantar este cobijo tan oscuro. Seríamos una relumbrante estrella, ignorante de las olas sobre nuestras cabezas. Quisiera ya llegar.”

– “¿Pero no ves que la vigilia no sería más que este dormir? Si hemos de cruzar que sea a paso quedo. Hollando la memoria con

nuestro andar. Alimentando la esperanza con nuestras huellas. ¿No ves que tu dorado sombrero sostiene el rocío?”

Tanto han caminado que la luna está ahora a sus espaldas y una cornalina tienen entre sus manos.

5 Pantalla roja

La bóveda celeste y sus luminarias ciclistas en perenne carrera. Vio brevemente tras la claraboya, introdujo un par de comandos y silenciosamente se abrió la puerta. Se hallaban surcando entre el vacío. Habían pasado ya el terror del cinturón de asteroides. Se desplazó con habilidad por entre los pasillos de la nave hasta la sala de mando. Calculaban dos días de ventaja respecto de la siguiente nave más cercana. El deporte del siglo le llamaban. Competencias espaciales por ver quién lograba llegar primero a un nuevo astro. Cientos eran los que se apuntaban entusiastas, pero contados eran los que lograban pasar el estricto entrenamiento.

– “¿Todo en orden, Mike?” dijo al ver el ceño fruncido de su compañero.

– “Sí, eso creo. Es esta tonta consola, parece que recalculó de nuevo toda la trayectoria. Pero vamos bien.”

Se acomodó en su asiento, colocó el cinturón e intentó que sus pensamientos nadaran hacia su casa. Al tranquilo jardín donde de chico su abuela solía narrarle cuentos desde su mecedora.

– “Pero aún con todo, ¿acaso no estamos viviendo lo que siempre soñamos de niños?” exclamó. Su compañero lo vio de reojo y sonrió levemente. De nuevo la pantalla se había iluminado en rojo.

6 Mansión antigua

– “Suba con cuidado, la madera ya es antigua. Yo no me fiaría mucho de esos pasamanos.”

– “¿Hace cuánto que nadie venía aquí?” dijo acomodándose los lentes al tiempo que trataba de no soltar el maletín.

– “Eso no tiene importancia, al menos ya no. Trate de no demorarse, no soporto estar aquí.”

Al llegar al tercer piso, ella se detuvo abruptamente. Sacó el llavero de su bolso y se lo dio. Él lo tomó, respiró hondo y se dirigió

a la habitación. Mientras iba por el pasillo, cruzó como ráfaga ese gato pinto de un cuarto a otro. Aún seguía tocando música con su cascabel. Trató de ignorarlo y terminar pronto aquello.

– “*Si tan sólo no se hubiera quebrado el foco de mi lámpara. Por lo menos se filtran varios rayos de luz.*” Introdujo la llave, giró la perilla. Veinte minutos después, varias gavetas se hallaban abiertas y papeles regados por la prisa. Estaba él sentado, con la vista fija en la fotografía buscada.

– “¡Marta, por favor ven!” gritó, sin saber que ella descendía presurosa las numerosas escaleras.

7 Edificio gris

– “¿Podría acelerar? Se lo pido, es importante.”

– “Hago lo mejor que puedo señorita, sin embargo con este tráfico ...”

Ella en respuesta, mira con frustración tras la ventanilla del taxi. Con su pluma tamborilea sobre la carpeta.

– “Oh mire, lo típico. Parece que chocó un carro con un autobús. Voy a tomar la desviación, ¿está bien?”

Sabe ella que en quince minutos concluirán la junta. Que Meredith habrá ganado sin haberle dado oportunidad de presentar batalla. Su zapato tiene un par de manchas, del café que hizo tirar a un joven por chocar con él en la prisa de bajar las escaleras.

Avenida Villalta, faltan siete minutos. En un alto obligado, los rebasa una bicicleta. Apenas puede creer que aquella a quien tomó por amiga, sólo la haya usado para tomarle ventaja. Abre su bolso y saca el estuche con las lentillas, hasta eso se le había olvidado ponerse. Dentro de un par de minutos estará corriendo de nuevo. Presionará un par de veces el botón del elevador y se estrujara las manos por parecerle una eternidad lo que tarda en descender. ¿Pero cómo lo hubiese podido saber?

Ella canturrea, baila un poco. Es el día de ayer y ella es feliz pues la vida le sonríe. Del refrigerador que acaba de adquirir, saca un envase con ensalada griega. Se oculta el sol, mientras ella lo contempla y saborea un pimientito. Todo desde aquel sexto piso.

8 Mosaico en cuatro estampas

En un olvidado conflicto bélico, el amado de una maestra se alista en el ejército y muere. Al final se da un vistazo a lo que hubiese pasado de no ir a la guerra, teniendo su familia.

Preludio Andante

Si en la costa de un país, en lugar de rocas y botes encallados hubiese arena, es seguro que sin dudarlo la ocuparían los oficiales con sus guirnaldas doradas. Porque cuando el cielo se encubre de sueño, ellos avanzan sigilosos dirigidos por un coronel francés. Buscan con avidez abrigo para sus pies gélidos de espera. Pero hay agua y la playa se baña en sus olas. El desierto se extiende y no tienen que ser dunas las que lo cubran. Los confundidos niños esperan a que acabe su clase de álgebra, mientras miran el mapa de Chile y su gran abismo llamado Atacama. El fruto es rojo, la nieve blanca y el mar azul. No hay razón para tener frío.

Minueto Adagio

La maestra toma con cuidado la carta que horas atrás, guardó con recelo en su cajón. Los niños se han ido y tiene ya ella un respiro. ¿Será posible que aquella paloma impertinente tocara a su ventana, justo cuando estaba por explicar el trinomio cuadrado? Caminando hacia casa, sus brazos bailan junto al péndulo del reloj en salón de clases. Sus pensamientos están corriendo, pero ella ha olvidado caminar. Incluso de mirar a la rosa entre las orquídeas se ha olvidado su andar. La paloma no debería volar en círculos en torno a ella, abatiendo sus sentimientos. Abriendo las alas y proyectando una sombra parda junto al jardín... diríase que es un buitre.

Antífona a Cappella

- "González, ¿se encuentra mejor?"
- "Sí señor, dentro de poco me habré repuesto y podré volver al frente. Como si aquellos desgraciados supieran apuntar."
- ¿Es tan banal el conflicto? Cuando la sangre es roja, los huesos siempre ocultos en la carne mantienen su blanca pureza, y la pluma

con su danza azul decide nombrar a la amada. Nada vale más que el sencillo trago de agua de manantial, cuando la gangrena interna obliga a sentir el flujo de la vida, bramante como río en su caudal. El coronel salió de la carpa, pero no sin antes haber cerrado los ojos de su oficial.

Lied Ad libitum

– “El caballo quiere trotar papá.”

– “No, debes dejarlo descansar. Que tú quieras volver a montarlo, no significa que él también quiera. Ven, quiero mostrarte algo.” Y lo guía hacia un arcón en el establo que el pequeño nunca había visto. Lo abre y sus chirriantes goznes entonan el coro que precede al relato. ¿Qué sentido tiene indagar, explorar por la selva de lo que pudo haber sido? Mientras los remordimientos se retuercen tratando de romper sus cadenas, queriendo cambiar lo que fue. Se quiere manejar el destino de la vida misma, pero el desierto se interpone en tu travesía, extendiendo dunas heladas frente a ti. ¿De qué sirve ver al tintero junto a una medalla? Si ambos empolvados y fríos son incapaces de consolar al corazón doliente.

– “¡Vengan, es hora de comer!” ¿De qué sirve? Si terminado el relato vuelven a su tumba, la tinta y su compañía.

Un buitre custodiaba la comarca.

9 Undefined

– No se ocupan muchos valores, ¿cierto? – dijo el practicante antes de comenzar las mediciones.

– Con que puedas graficar el cambio en un periodo de diez minutos es suficiente, no te apures.

No es que el laboratorio fuera antiguo, sino que estaba descuidado y con poco mantenimiento. Las hornillas algo oxidadas, la tarja despostillada y la gotera del cuarto contiguo daban testimonio de ello. Un leve aroma a azufre impregnaba la habitación de tres por cinco metros.

Medir, pesar, las propiedades de un cerámico. Meter otra muestra al horno, primero a 400°C luego otra a 430°C, siempre subiendo cada vez más. En cada una, apuntar los valores de expansión térmica y compresión. Con el dorso de la mano y cierto fastidio se seca gotas

de sudor. Una cae sobre la libreta, diluyendo un trazo de tinta azul. Ve al reloj empotrado al lado del gabinete comprendiendo que llegaría tarde. Y resignado continuó su tarea.

Dieron las siete de la tarde mientras aún limpiaba toda su área. Recogió la tabla con los apuntes y se dirigió a la oficina del doctor. Estaba vacía, aunque su computadora seguía prendida y el salvapantallas iluminaba tenuemente la oficina en penumbras. No queriendo pasar ni un minuto más ahí, dejó los apuntes en su lugar, cerró con llave y salió de ahí.